

HISPANIA



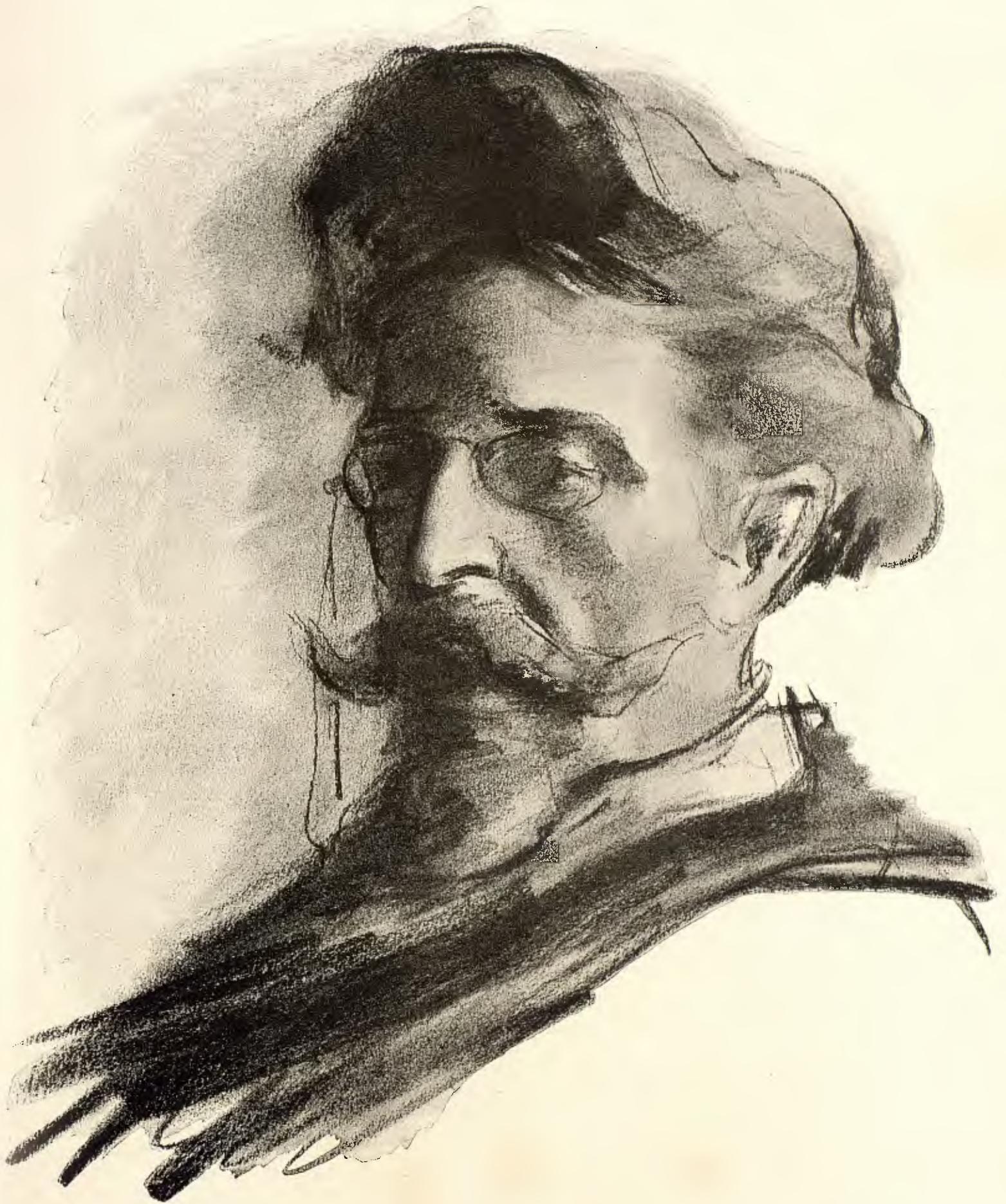
SUMARIO

PORTADA por *M. Feliu de Lemus*.
ESTUDIO por *S. Rusiñol*.
D. JOSÉ M. DE PEREDA. . Croquis por *A. Clapés*.
EPISODIOS DE LA HISTORIA
DEL TEATRO ESPAÑOL . . por *E. Cotarelo*; ilustra-
ción de *R. Lorensale*.

EN EL BAÑO por *A. Calbet*.
BALZAC por *Rodin*.
BALZAC por *Falguière*.
LA PARTIDA DE LOS RECLUTAS. . por *G. Clairin*.
EL CONOCIDO PUBLICISTA... . . por *R. Casellas*.
VARIETADES.



S. RUSIÑOL.—ESTUDIO

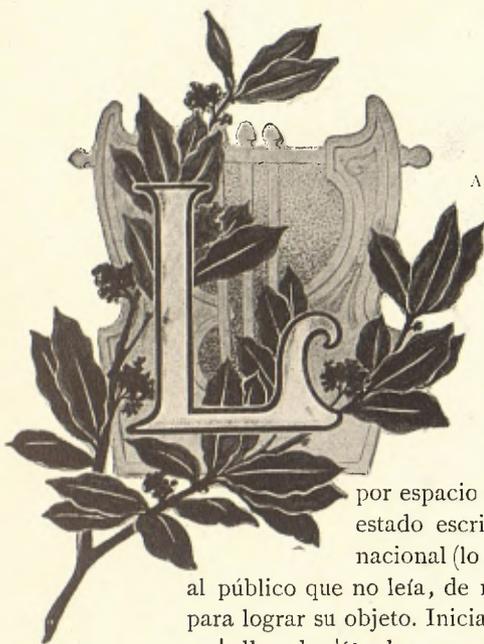


D. JOSÉ M. DE PEREDA.—CROQUIS POR A. CLAPÈS



EPISODIOS DE LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL

INCENDIO DEL TEATRO DE ZARAGOZA EN EL SIGLO PASADO



A vieja controversia sobre la ilicitud ó carácter inmoral de todos los teatros y muy, particularmente, del español, había alcanzado en la segunda mitad del siglo XVIII una actitud extrema. Convencidos algunos moralistas, de la inutilidad de sus representaciones, memoriales y libros, que por espacio de cerca de dos siglos habían estado escribiendo contra el espectáculo nacional (lo era entonces) idearon dirigirse al público que no leía, de más directa y eficaz manera, para lograr su objeto. Iniciaron, pues, una serie de misiones, llevadas á cabo por el P. Calatayud, Fr. Diego de Cádiz, el P. Posadas y otros, en diversas provincias de España, encaminadas á predicar exclusivamente contra las representaciones dramáticas, y que, efectivamente dieron el resultado que se proponían; porque fueron cerrándose casi todos los teatros, excepto los de algunas grandes capitales como Madrid, Barcelona, Valencia y Cádiz.

De cuando en cuando, alguna de esas catástrofes que ocurren en las ciudades más populosas, venía á darles nuevas armas y razones para pedir la extinción inmediata de todos los escenarios públicos, ó el compromiso de no admitir de nuevo las comedias en los lugares que ya no existían. Así lo realizaron en la ciudad de Pamplona, que se obligó con un voto solemne, que luego tuvo de desatar el Papa.

El caso más memorable y terrible de estas desgracias colectivas es el del incendio del teatro de Zaragoza, á fines de 1778, cuando las discusiones á que hemos hecho referencia estaban en su mayor fuerza.

En esta ciudad, como en las demás de España, había el Hospital de la provincia gozado el monopolio de las representaciones dramáticas, desde que en el siglo XVI se hicieron comunes. En 1569 construyó el Hospital una

casa de comedias ó *corral*, según entonces se decía, teatro que, con algunas reformas, subsistió hasta 1769, en que bajo la dirección del Conde de Sástago, se levantó uno de nuevo. Empezóse la obra el 26 de Mayo y prosiguieron los trabajos con tal actividad, que el 7 de Octubre del mismo año se pudo ya representar en el nuevo edificio. Reputábase como uno de los mejores de España, por su capacidad que era para 1.300 personas, su construcción, comodidad y, hasta por su elegancia extremada en columnas y pinturas, que lo hacían muy vistoso.

En 1778 llegó á Zaragoza una compañía de ópera italiana compuesta de algunos de los cantantes del poco antes suprimido *Teatro de los Sitios* y otros que habían venido de Italia. Representaba esta compañía en la tarde del 12 de Noviembre, la ópera de Metastasio *La Real Fura de Artajerjes*. Habíanse terminado los dos primeros actos, y en el intermedio, se preparaba apresuradamente una decoración de jardín para un baile titulado *Las estatuas animadas*, que se iba á representar, cuando la caída de una vela prendió fuego á la fuente que estaba en medio de la escena y que, como formada de materiales muy combustibles, ardió con gran facilidad. El telón estaba caído y el público solo había notado el rumor ordinario que produce el cambio de bastidores, y mientras se apagaba la fuente, una bailarina salió por un extremo del escenario y advirtió á los espectadores.

La poca voz de la muchacha, el ruido que había en la sala y el haber dicho *fuego* en italiano, impidieron que tan oportuno aviso fuese atendido. Transcurrieron algunos minutos antes que el primer actor saliese á su vez gritando con fuerza: *fuoco! fuoco!* Pero cuando el público se disponía á salir precipitadamente, apareció el propio empresario en actitud tranquila, diciendo:— «*Señores, no es nada; ya está apagado el fuego.*»

La mayor parte de los asistentes volvieron á sus sitios. Mas si bien era verdad que el fuego de la fuente se había extinguido, no habían reparado los encargados de la escena, en que antes había prendido en algunas bambalinas y

comunicádose al telar en que estaban colgados los bastidores. Pronto ardió toda la parte superior del foro y, aunque el telón seguía bajado, el público advirtió el resplandor y trató de ponerse en salvo. En un instante se desocuparon lunetas, gradas y patio; pero no así los palcos ó *aposentos*, y, sobre todo, el *gallinero* ó *cazuela*, que así se llamaba el gran palco destinado á las mujeres (pues en este tiempo asistían los sexos separadamente al espectáculo), que en este teatro estaba en lo más alto y solo se llegaba á él por estrechos pasillos, largos corredores y escaleras angostas. Las gentes se atropellaban para salir, chocando los que por direcciones distintas buscaban la escalera principal, incluso los cómicos que huían del volcán en que el vestuario estaba convertido.

«Todo era susto y horror (dice un testigo presencial). Llegó éste á lo sumo, quando las arañas de cristal, cortadas las cuerdas por las llamas, cayeron con un estrépito y crujido espantosos; y quando después de encendido el primer telón, el aire que por la puerta de los cómicos entraba en el teatro, no encontrando desahogo por los despedideros, le buscó por los palcos y ventanas próximas á la escalera, apagando las luces y llevando consigo globos de fuego y densas nubes de humo fétido. Entonces, la lóbreguez acabó de desmayar á unos y el aire pestilencial que se respiraba privó de sentido á otros; de suerte, que fueron muy pocos los que, ó por hallarse casualmente en sitio algo defendido, ó por una firmeza extraordinaria se mantuvieron con espíritu; y de ellos, cada uno creía ser el único que había quedado vivo; así lo persuadió el no tocar sino cuerpos sofocados y el profundo silencio que se advertía por todas partes, sin percibirse ni un suspiro.» (1)

Llegó el espanto á su colmo cuando, ardiendo ya todo el teatro se comunicó el fuego al Hospital á que estaba pegado. La gritería de los enfermos y la obscuridad de la noche, doblaban el terror y aumentaban la dificultad de acudir en socorro de unos y de otros.

El teatro era una inmensa hoguera. «Las llamas subían tan altas que, según

(1) *Relación histórica de los sucesos ocurridos en Zaragoza con motivo del incendio de su Coliseo en la noche del doce de Noviembre de 1778. Escrita sobre documentos auténticos y noticias fidedignas, de orden de la Ilustrísima ciudad, por su coronista D. Thomas Sebastián y Latre... Zaragoza, año 1779. En la Imprenta de Francisco Moreno. 4.º, 92 pp. V. p. 6.* El autor, que lo es de otros trabajos, especialmente de un *Ensayo sobre el teatro español*, ó sea, refundición del *Parecido* de Moreto y de *Progne y Filomena* de Rojas, se halló presente al incendio y salió maltratado de él, figurando en el número de las víctimas, aunque conservó la vida, que se prolongó aún muchos años. Era aragonés. (V. Latassa, continuado por Gómez Uriel; tomo 3.º, p. 173.)



se supo después, se veían á cuatro leguas y más de distancia. Así, no será exajerado decir que llegaron á iluminar toda la ciudad, extendiendo los recelos hasta los parajes más distantes las chispas y materias encendidas que llevaba el aire; y esto, junto al toque incesante de campanas, atraía al Coso un gran número de pueblo de todas clases que pocas veces se ha visto mayor. El ansia de socorrer cada uno á las personas que le interesaban era causa de que quantas calles guían á la del Coso estuvieran inundadas, no solo de los que venían á ella á buscar su desengaño, sino de los que ya se retiraban llorando su desgracia.» (2)

Algunos hombres arrojados llegaron con escaleras de mano á penetrar en los corredores; pero después de lanzar por los balcones, aun á riesgo de estrellarlas, á varias personas que hallaron cerca de ellos, tuvieron que retroceder, por ser imposible caminar en medio de aquel horno y por aquellos pisos que se hundían con estrépito á cada momento.

Entre tanto, en el Hospital se trabajaba por salvar á los enfermos, llenos de tal pánico que «unos tapados con la manta huían, otros temerosos de perder el tiempo marchaban sin ese abrigo, y aquellos á quienes su dolencia no les permitía el poderse mover, clamaban y pedían socorro.» Pudieron salir todos y pudo atajarse el incendio por esta parte.

No así en el teatro que se consumía con rapidez; y cuando las llamas lo permitieron, fueron extrayéndose los cadáveres y depositándose en la acera del Coso, donde se verificaban los reconocimientos, en medio de gritos, sollozos y desmayos; causa á su vez de nuevos inconvenientes, pues, como dice el autor citado, «el dolor se hizo tan universal, que ni las boticas eran bastantes para proveer de remedios, ni se encontraban médicos, cirujanos, ni sangradores que acudieran á tantas partes.» (3)

Antes de esto ocurrió un nuevo incidente que causó nueva alarma al espantado pueblo zaragozano en aquella fatal y larguísima noche del 12 de Noviembre. Transcurrida ya la primera mitad y después de seis mortales horas de esfuerzos desesperados, se habían ido recogiendo los vecinos; y «viéndose que el fuego quedaba reducido solamente al recinto del Teatro, de donde probablemente no podían proceder consecuencias algunas fatales, se seña-

(2) Id. p. 25.

(3) Id. p. 32.



laron los ministros, soldados, trabajadores y demás personas que consideraron precisas para acudir á la menor novedad. Estaba ya toda la ciudad en un profundo silencio, unos llorando en lo interior de sus casas su triste suerte y otros descansando de las fatigas padecidas, cuando entre tres y quatro de la mañana se advirtió prendido otra vez el fuego en el Hospital; y aunque los albañiles que se quedaron de prevención estuvieron prontos para atajarlo, les faltaba gente que ayudase á los trabajos, pues el cansancio la había obligado á retirarse.» El Corregidor mandó

avisar al pueblo por medio de pregón. «La voz de la trompeta á una hora tan desusada, en que todos estaban atemorizados, despertó el dolor de los que reposaban y aumentó el de los que se hallaban despiertos; pero se logró el fin, porque concurrieron muchas gentes y se atajó el fuego.» (1)

Por una extraña coincidencia, al día siguiente, viernes 13, debían de ser ajusticiados dos reos de muerte que desde el 11 estaban en capilla; y el Regente de la Audien-

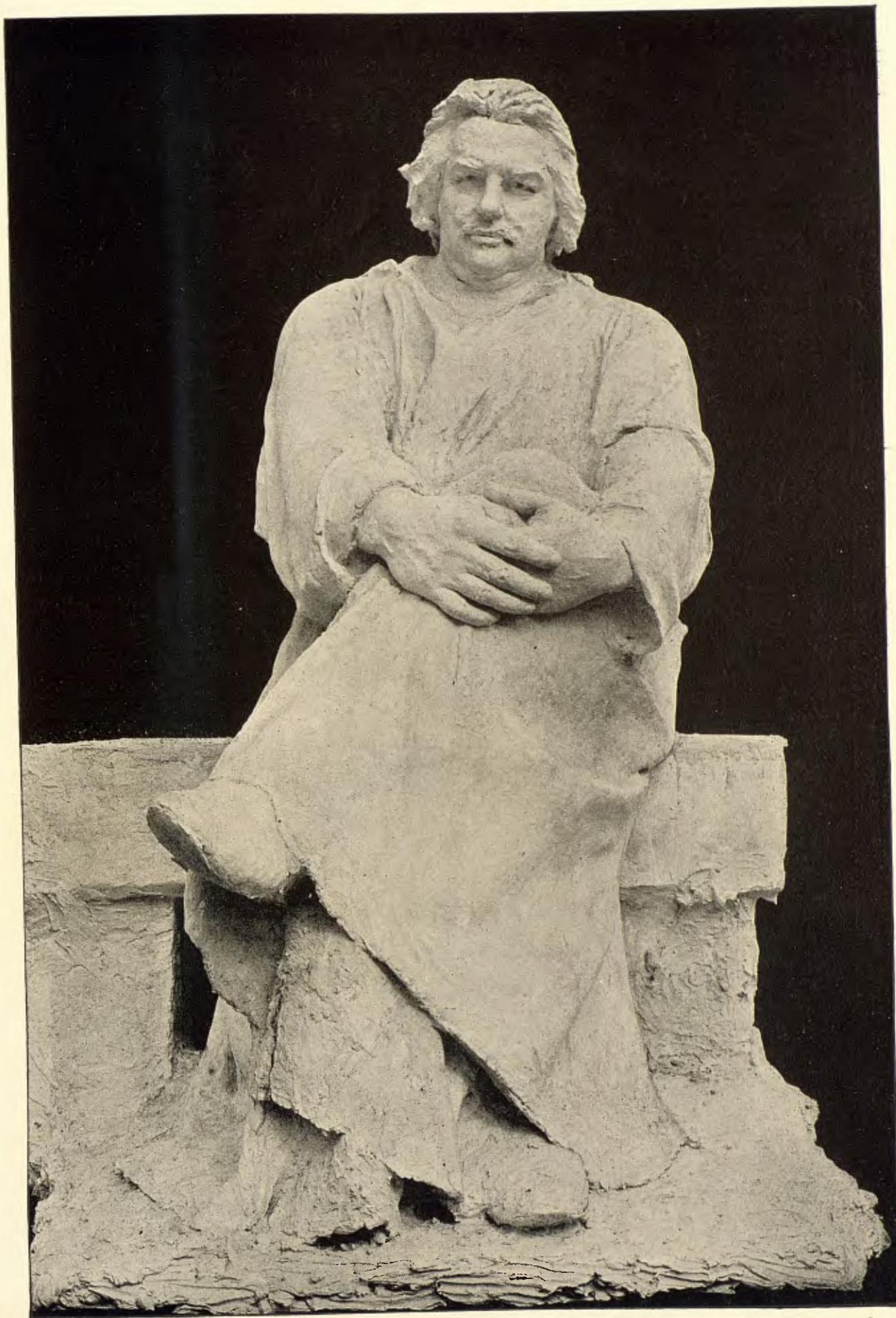
(1) Id. p. 37.



EN EL BAÑO.—POR A. CALBET. (E. F.) F.



BALZAC.—ESTATUA POR RODIN. (E. F.) F.



BALZAC.—ESTATUA POR FALGUIÈRE. (E. F.) F.



G. CLAIRIN.—LA PARTIDA DE LOS RECLUTAS. EGIPTO. (N. D.) F.



cia suspendió la ejecución, para no añadir este nuevo horror á los padecidos. El rey conmutó después la pena de los reos.

Derribóse desde la mañana del 13 el edificio y todavía se hallaron entre los escombros «algunos cadáveres, pero tan destruidos por el fuego, que nadie los conocía. De los heridos y maltratados también murieron después la mayor parte, á causa de lo maligno de las quemaduras. Entre ellos fué la más señalada víctima el Capitán general de Aragón, D. Antonio Manso Maldonado, que aun que fué sacado con vida del incendio, falleció tres días después. Sucumbieron también la hija primogénita del Barón de Purroy, el Secretario del Ayuntamiento de Zaragoza, uno ó dos canónigos y otras muchas personas de significación y especialmente mujeres. Casa hubo en las que faltaron cuatro, en otras dos: madre é hija, etc.

Hecho el recuento de los muertos se halló que habían fallecido la noche del incendio y en él, 60 personas: 44 mujeres y 16 hombres; en los días siguientes fallecieron también 17 personas, de ellas 4 mujeres y fueron heridos y lesionados otros 52 individuos. Total 129 víctimas.

La *Gaceta de Madrid* del 24 de Noviembre, trajo una extensa relación del incendio del teatro; antes había cun-

dido la noticia por toda la Península y en Salamanca el después famoso D. José Iglesias de la Casa, compuso á tan triste asunto una larga poesía titulada *Llanto de Zaragoza*, que por cierto no figura en las colecciones de versos del popular epigramático castellano. (1)

Aunque no desprovista de mérito, esta composición se resiente de ser algo afectada y demasiado visibles las imitaciones de Jeremías, Fr. Luis de León y Rodrigo Caro. He aquí algunos ejemplos que se advierten ya en el principio que es así:

¡ Qué triste y angustiada
La ciudad imperial de Zaragoza,
Que tanta preeminencia entre otras goza;
Como viuda se ve desolada,
En lágrimas bañada,
De conorte y solaz toda desierta !

Véanse ahora algunas reminiscencias de la *Profecía del Tajo* :

Estábase alegrando
El pueblo en el profano Coliseo,
La música escuchando
Del ciego Amor, del fabuloso Orfeo,
Y Dios, á cuyo mando
La máquina del cielo se estremece
Y el no ser le obedece,
Llamó al fuego y mandóle
Que á la ciudad castigue
Y que con su furor los amedrente...
¡ Ay esa tu alegría,
Esa fábula, oh pueblo, esa corea
Que vistes en mal día,
Que lloro que acarrea
Á toda esa ciudad ¡ay cuán amargo
Para tus hijos, cuán pesado y largo !

Tócale luego el turno á la *Canción á las ruinas de Itálica*:

¡ Oh cómo ya en la loca y profanada
Casa del Coliseo
El gran pueblo no veo
Con música acordada !
¿ Dónde están los celajes
De transparente viso y aparato;
Los dorados ropajes
Que imitan del pavón el rico boato ?
¿ Dó las aclamaciones
Que al diestro histrion hacían
Y las palmas batían
Y con júbilo en cerco le voceaban ?
¿ Dónde la blanca tez de sus doncellas
El gallardo esplendor de sus garzones,
El placer dellos y el contento de ellas ?

(1) *Llanto de Zaragoza. Elegías al incendio de el Coliseo de esta ciudad en 12 de Noviembre de 1778. Por D. Joseph Iglesias de la Casa... En Salamanca, en la Oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero. 4.º, xxiv pp. numeradas y dos más de portada y dedicatoria á D. Diego Fernández de Córdoba. Está firmada á 8 de Enero de 1779. Son en todo cuatro elegías en silva.*

De nuevo en la *Elegía III*, se acuerda de la *Lamentación* del profeta :

¡ Quién á mis ojos diera
De lágrimas dos fuentes inmortales,
Y en mi cabeza hiciera
De amargos ríos urnas manantiales,
Para llorar los males
Que esta ciudad padece...
La su voz así suena
Como en el otro mundo,
Y sale su palabra
Cual de pozo profundo,
Y á los que mira en cerco peregrinos
Así dice, anegándose en su pena : —
¡ Oh vosotros que vais por los caminos,
Atended y mirad si habéis hallado
Dolor que á mi dolor haya igualado !

La *Elegía IV* empieza con esta doble reminiscencia de Caro y Garcilaso :

Estas ¡ay! ¡oh naciones peregrinas!
Reliquias que aquí veis; este abrasado
Edificio; estas ruínas;
Vigas desmanteladas
Y piedras desgajadas,
Que un tiempo fueron patios del contento,
De zueco vil moradas,
Hoy con memorias del mayor tormento,
Por nuestro mal halladas
Prendas que al pueblo ser les parecía
Dulces y alegres cuando Dios quería.

Y, por último, vuelve á recordarse á Rodrigo Caro, en los versos al final de la obra:

Ved míseros despojos
De su rica estructura,
Del oro hechizador y la pintura
Ruina triste á los ojos,
De máquinas al viento levadizas
Volar negras cenizas,
De dulces instrumentos
Solo quedaron ecos funerales;
De sus gradas y asientos
Apenas hay señales;
De la que le llenó bizarra gente
Lastimosas exequias solamente.

Como era de esperar, los enemigos de las representaciones dramáticas no desperdiciaron esta ocasión de conseguir su exterminio y lograron que en Valencia y en algunas ciudades de Andalucía cesasen las comedias. Sevilla hacía ya cuatro años que carecía de ellas y la prohibición duró hasta 1795. Pero como es natural, las consecuencias fueron más palpables en la misma Zaragoza. «Los clamores repetidos de un considerable número de personas graves y timoratas contra las representaciones teatrales y la súplica formal de los Síndicos, general y personero, para que se hiciera voto de no admitirlas jamás, precisaron al ilustrísimo Ayuntamiento á poner en noticia del Rey, que en atención á los estragos sucedidos y á otras causas que expusieron, había resuelto de votos conforme no permitir ahora, ni en tiempo alguno, diversiones de teatro; pero que por la dificultad de la materia, suspendía el obligarse á ello mediante voto; y para que este acuerdo tuviera la solemnidad y firmeza necesaria pidió al Rey su soberana aprobación. Este pensamiento lo consideró S. M. prudente y piadoso, en tanto grado que lo aprobó en todas su partes, añadiendo que en adelante no se permitan comedias, óperas ni función alguna teatral sin preceder real licencia.» (1)

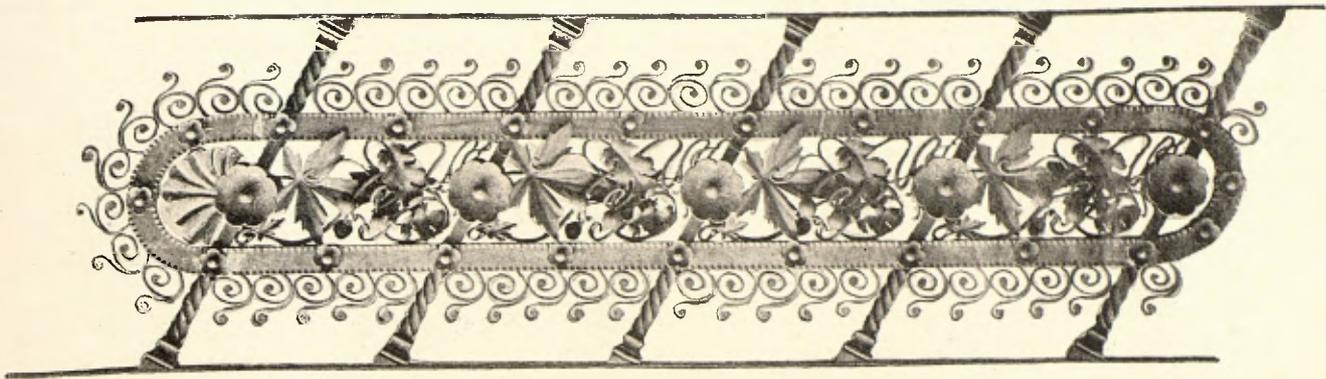
Mas aunque al principio se ordenó á la Junta del Hospital y Ayuntamiento que «ni aún se detenga en su imaginación el pensamiento de reedificar teatro de comedias», y que «Su Majestad no quiere ni permite se reedifique el teatro ni que sirva el terreno para semejante uso», con otras prevenciones no menos severas, es lo cierto que dos años después ya se representaba en Zaragoza. La limosna voluntaria, con que se había intentado suplir la renta que producían las comedias, no daba resultados; los enfermos del hospital necesitaban la farándula para vivir, y así, con el pretexto de arbitrar recursos para ellos, fueron continuándose las representaciones que el pueblo también deseaba.

EMILIO COTARELO



Fundición de Masriera y Campins

(1) Sebastián y Latre. *Relación histórica*, pp. 65 y 66.



EL CONOCIDO PUBLICISTA...



UANDO el reporter Cerezuela llegó á la redacción y soltó á sus compañeros gacetilleros la gran noticia, exclamando con agridulce acento: —¿Sabéis quién acaba de morir...? Pues, Don Jerónimo Pérez Canto, el *conocido publicista*...— todos los chicos se quedaron turulatos, reflejándose en su rostro un extraño sentimiento que, por una parte tenía bastante de desahogo, y, por otra, algo de consternación.

Lo complicado del sentimiento se explicaba, con todo, con facilidad, pues si bien aquel fallecimiento les quitaba de encima un solemnísimo moscón, también les hacía perder un parroquiano, tanto más querido cuanto era de los que más contribuían, con sus bombos y reclamos, á justificar su modestísimo sueldo de gacetillero en el presupuesto del periódico.

Porque, lo que decían los muchachos con grandísima razón: —¿Qué va á ser de la crónica local, y por consiguiente de nosotros, el día que se nos acaben los secretarios perpétuos, los presidentes universales, los conocidos publicistas, los aplaudidos tenores y demás abonados á gacetilla diaria ó, por lo menos, á turno impar?

No, y lo que es Don Jerónimo, hay que hacerle esta justicia póstuma, era el abonado más constante, más asiduo y más metódico entre todos sus cofrades de reclamo. Por si entraba ó si salía, por si hacía ó si dejaba de hacer, ya estaba el hombre circulando á todas las redacciones sus tarjetas, sus cartitas, sus B. L. M. en los que participaba al Sr. Director «del periódico que tan dignamente, &» su salida para tal punto ó su feliz regreso, junto con otras circunstancias, no menos interesantes, de la vida particular.

Que iba á baños nuestro personaje... Pues al otro día ya salían sueltos del tenor siguiente en todas las crónicas locales: «Algo quebrantado en su salud, ayer salió para el balneario de Aguas Sosas, el conocido publicista Don

Jerónimo López Canto. Le deseamos un pronto alivio á sus dolencias.»

Que volvía, un lunes, de su termal excursión... Pues, el martes, gacetilla al canto: «De regreso de Aguas Sosas, donde ha repuesto un tanto su quebrantada salud, ayer llegó á esta capital el conocido publicista Don Jerónimo López Canto. Nos alegramos de su restablecimiento.»

Que le nacía un hijo... pues, gacetilla de felicitación; que el hijo se le moría... pues, gacetilla de pésame, naturalmente, acompañando siempre al nombre del padre afligido, ó dichoso, la sempiterna muletilla de conocido publicista.

— Pero... ¿de qué demontres será publicista ese señor tan conocido y tan traído y llevado por las gacetitas?— se preguntó un día para sus adentros, un sujeto chismoso, á quien se le había subido á las narices la machacona cantinela. Y el chismoso se dió á indagar, y como nada hay que escape á la humana perquisición, conforme reza el Manual del Perfecto Investigador, llegó un día á averiguar que, realmente, allá, en los tiempos felices de su segunda juventud, había Don Jerónimo publicado un opúsculo, su obra única en verdad, pero no, por unigénita, menos real y positiva.

El opúsculo se titulaba sencillamente:

DE LA CERÁMICA EN GENERAL

Y DE LOS PLATOS DE ALCORA EN PARTICULAR

Proceso histórico-crítico de la loza fina, desde el azulejo asirio hasta la vajilla de nuestros días.

Conferencia dada, el día 3 de Diciembre de 18..., en el Centro de las Artes de la Alfarería.

Si el anunciado era kilométrico, la conferencia era cortita. Todo lo que el autor había despilfarrado en título, lo economizaba en texto. Solo en 8 páginas de un format en 8.º «condensaba» Don Jerónimo noticias y opiniones so-

bre la Cerámica, que coincidían maravillosamente con las que daban anónimos autores en robadas enciclopedias.

Desde aquel parto cerámico, Don Jerónimo empezó á ser el *conocido publicista*. Bastó que á un gacetillero amigo se le ocurriese la fórmula, para que ésta se propagase como mancha de aceite por los papeles públicos de la capital. Ser inofensivo como pocos, persona humilde y servicial, sin conocer el lujo de tener enemigos ni adversarios, nuestro hombre no halló resistencias en parte alguna, para la difusión gacetillesca de su fama. Por obra y gracia de la tijera, el suelto del amigo saltó de las columnas de un diario á las de otro diario con vertiginosa rapidez, y del mismo modo que la sombra sigue al cuerpo, desde aquel punto el calificativo de conocido publicista anduvo pegado, cosido, atornillado al nombre de Don Jerónimo, por siempre jamás amen.

Hacer que las noticias menudearan, eso corría de cuenta del interesado.

Con escribir puntualmente á los queridos directores, participándoles un día sí y otro también, todas las entradas y salidas, los viajes y residencias, los natalicios de los hijos, sus primeras comuniones, sus graduaciones de bachiller, de licenciado ó de doctor, los casamientos, enfermedades ó defunciones ocurridas en la familia, las tomas de posesión y las dimisiones de cargo, los ascensos en la carrera y los cambios de domicilio... ya estaba el hombre al cabo de la calle.

Cuando de sobreparto se le murió su señora, con tanto escribir y mandar gacetillas suplicadas, apenas si le quedó tiempo para llorarla. Aquella «irreparable pérdida» que para cualquier otro mortal solo hubiera sido origen de infinitas angustias, para él, aparte siempre el natural dolor, fué un manantial inagotable de las más puras satisfacciones.

Temprano amaneció el gacetilleo en los diarios de todos matices: «Sabemos que está enferma, aunque no de cuidado por fortuna, la esposa del cono...» «Tenemos noticia de que se ha agravado en su dolencia, la señora del cono...» «Felizmente ha sobrevenido algun alivio en la enfermedad que padece, la señora del conoci...» «Ha vuelto á recaer la esposa del cono...» «Ayer fué viaticada la...» «Tenemos el sentimiento de participar á nuestros lectores que anoche, á eso de las once, pasó á mejor vida la virtuosa esposa de nuestro amigo el conocido...» «Acompañada de un distinguido cortejo, fué ayer conducida á la última morada la que en vida fué esposa del conocido, &.»

¡Ay, cómo endulzó Don Jerónimo las primeras horas de su melancólica viudez, con la lectura de aquellas gacetillas debidas á su propia inspiración! ¡Con qué sibarítico deleite las recortaba de los periódicos, segun su costumbre de toda la vida, y las pegaba cuidadosamente una á una en las páginas de un album infoleo que, además de libro de honor de una existencia consagrada al auto-reclamo, era también circunstanciado registro de una carrera que podía contarse entre las más expeditivas y aprovechadas!

Porque, en buena hora se diga y Dios le

premie tal virtud: Don Jerónimo no pertenecía al número de estos hombres vanidosos, literatos, artistas ó poetas, que todo lo sacrifican á la bambolla del mundo y al bullicio de la fama. Humilde de suyo, siempre pensó que no era conducta sensata, ni cristiana siquiera, desperdiciar los frutos que fácilmente podían sacarse de un renombre que se le había caído encima, sin comerlo ni beberlo, como quien dice. Orgullos á un lado, procuró dar á su impensada fama útiles aplicaciones, y sin despreciar del todo el ruido de la gloria, cosechó modestamente las nueces positivas del provecho.

—¿No soy el publicista de todos conocido?—monologaba el hombre con lógica irrefutable — Pues... ¿qué menos pueden hacer los contemporáneos que ayudar al bienestar y al confort de sus celebridades? ¿Á qué chupar de continuo en los generosos pechos de la prensa periódica, sino se ha de engordar con la lactancia?

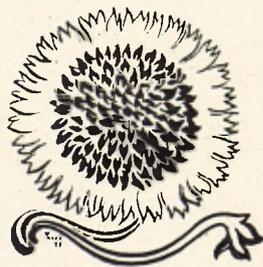
Y el hijo de la gacetilla creció, prosperó, subió, siempre al arrimo de aquella madre cariñosa que se había empeñado en hacerle hombre, en improvisarle personaje, en imponerle al respeto de la bonachona multitud. Tras de los cargos honoríficos—léase gratuitos—vinieron las prebendas retribuidas. Primero fué nombrado secretario de «Los Estudios Estéticos», después, presidente de las «Artes de la Alfarería», pero un día amaneció profesor de Cerámica de la Escuela de Artes y Oficios, y anocheció, una tarde, Inspector especial ó cosa así del ramo de Instrucción pública. Y... senador vitalicio y director general y archipámpano de las Indias... hubiera nuestro hombre llegado á ser, á no interponerse la muerte en su triunfal camino.

Con más ó menos presición, muchas de estas reflexiones se agolpaban al magín de los chicos gacetilleros, mientras el reporter Cerezueta redactaba por su propia mano el suelto de defunción del malogrado Don Jerónimo.

—¿Queréis que os lo lea?—dijo el reporter á sus compañeros, una vez terminado.—Nada menos que un suelto largo y con epígrafe... Tal como le gustaban al difunto, tal como los obtuvo contadas veces, en los días de mayor solemnidad! ¡Con qué gusto se relamería el pobre, si pudiese leerlo! Por un bombo como este... hasta daría la muerte por bien empleada. Pero, ¿qué menos se puede hacer? Este es el último, el que cierra la lista de los miles que le hemos tributado... ¡Oid! «Con la pena más honda y más sincera, tenemos que comunicar á nuestros lectores el sensible fallecimiento de un hombre ilustre, que va á dejar un inmenso vacío en el estudio de las artes industriales en general y en el de la Cerámica en particular, á cuya difusión había dedicado sus excepcionales conocimientos y una existencia en extremo laboriosa. Hoy, á las primeras horas de la madrugada, ha fallecido repentinamente en esta capital, el conocido publicista...»

Pero no pudo continuar la lectura, porque todos los chicos se echaron á reír...

R. CASELLAS



EL DERRIBO DE LA BASTILLA

La fiesta nacional de Francia, celebrada hace pocos días, trae á la memoria el asalto y toma de la Bastilla por el pueblo, el 14 de Julio de 1789. Dicha fiesta es la conmemoración de este hecho de armas que inició la famosa revolución francesa.

Desde aquel día se procedió con actividad al derribo de la odiada fortaleza. El mismo día 14 de Julio el patriota Palloy, maestro albañil, instaló en ella á su dependiente Houette, y al siguiente llevaba á todos sus obreros á la Bastilla y daba principio á su demolición.

El 16 de Julio habían desaparecido ya los parapetos y una parte de las almenas. En breve Palloy recibió de la Comisión permanente de la Casa de la Ciudad, la autorización de continuar el derribo mediante el pago de 26800 libras. Ochocientos obreros se ocuparon en el derribo; mientras que una numerosa brigada labraba los materiales que se extraían de mil modos, para darles más fácil salida, tanto en forma de sillares, enviados para la reconstrucción del puente de la Concordia, como en la de recuerdos patrióticos, ideados por el ingenioso Palloy. Con el plomo se acuñaron medallas conmemorativas; con el hierro se fabricaron picas; con el marmol se hicieron fichas de dominó y con los registros, juegos de naipes. Todo ello se enviaba á los aficionados de provincias y el patriota Palloy, que ponía su nombre en todas estas obras, recogió una verdadera fortuna.

El derribo de la Bastilla no quedó terminado hasta 1792.

LAS AVES COLECCIONISTAS

La manía de las colecciones, tan difundida en la especie humana, es rara en los mamíferos, pero en algunas especies de aves tiene algo de innata. Nadie ignora, por ejemplo, lo que hacen las urracas, pero no son ellas únicamente las que tienen la pasión del saqueo.

Por ejemplo, el *Anomalocorax splendens*, especie de cuervo de la India, en cuyas grandes ciudades abunda, es un ladrón tan endiablado como la urraca. No tan solo se apodera de las materias que le sirven de alimento, sino que lleva á su nido toda una colección de objetos que no le sirven para nada. El naturalista inglés Jerdon cuenta que cerca de cada pueblo y hasta de cada casa, se encuentra gran número de *anomalocorax* aguardando una ocasión favorable para robar. Nada hay seguro con ellos; y si se deja en una ventana abierta el contenido de una cesta de labor, guantes, pañuelos, etc., todo desaparece inmediatamente. Abren los paquetes, hasta los que están atados, para ver lo que contienen, y Tennent asegura que para ejecutar sus hurtos, quitan hasta los clavos. Varias personas reunidas en un jardín se asustaron al ver caer de los aires entre ellas, un cuchillo ensangrentado. Pronto se aclaró el misterio: era que un *anomalocorax* había espionado al cocinero, y aprovechado un momento favorable para escamotearle su cuchillo.

Los tilonorincos son más eclécticos en su elección. Los objetos que roban están destinados evidentemente á realzar el adorno de sus curiosos nidos de recreo, tanto por dentro como por fuera. Gould refiere que el ave amontona allí los objetos de color brillante que puede recoger, como plumas de la cola de los loros, conchas, piedrecillas, huesos blanqueados, etc. Hay ciertas plumas que cuidan de entrelazar en la armazón del nido; otras, mezcladas

con los huesos y las conchas, llenan la entrada. La inclinación natural de estas aves á recoger todo lo que les parece conveniente es tan conocida de los naturales, que cuando les falta algún objeto menudo, por ejemplo un amuleto ó una pipa, buscan los nidos de tilonorinco casi en la seguridad de que lo encontrarán en ellos.

Otra ave, el clamidero manchado, se construye también nidos de recreo, que parecen chozas. En el centro de cada uno, á la entrada del pórtico, se eleva una inmensa colección de materiales de toda clase que sirven para adornar el sitio: son conchas, guijas, plumas, cráneos y huesos de pequeños mamíferos, etc. Los pequeños arquitectos no pueden proporcionarse las conchas y las piedrecillas redondas que emplean sino á orillas de las corrientes, y si se tiene en cuenta que sus viviendas están situadas á menudo á considerable distancia de los ríos, se ve cuantos esfuerzos y trabajos requieren sus colecciones. Como los clamideros se alimentan casi exclusivamente de semillas y frutas, es evidente que las conchas y los huesos no pueden haberlos recogido sino para servir de adorno á sus edificios.

Vese que las dos especies precedentes prefieren los objetos de origen animal. Pero para que haya para todos los gustos, la naturaleza ha creado el ambliornis de Nueva Guinea, ave que colecciona materiales de origen vegetal. Delante de su puerta establece un bonito prado hecho de musgo cuidadosamente recogido y que va á buscar, tallo por tallo, á cierta distancia, limpiándolos con el pico, de todo cuerpo extraño. Sobre esta alfombra de verdor, el ave siembra frutos morados de garcinia y flores de vaccinio que coge en las cercanías y que tiene cuidado de renovar tan luego como están marchitos: este adorno tiene cierta analogía con esas «jardineras» que las amas de casa ponen en sus mesas en los días de gran comida. El ambliornis merece el nombre de *pájaro jardinero* que le dan los cazadores malayos.

SENTENCIA JURÍDICA CURIOSA

La Audiencia de Leipzig acaba de dar una sentencia tan notable por sus considerandos como por las consecuencias extraordinarias que se deducirán de ella.

El juzgado de Elberfeld condenó en el mes de Diciembre último á dos electricistas que habían unido clandestinamente un hilo al cable general de la luz eléctrica y utilizaban la electricidad por este medio sin necesidad de satisfacer ni un céntimo á la Compañía.

La Audiencia ha anulado la sentencia por los siguientes motivos. La naturaleza de la electricidad es desconocida de los sabios; cuando hablamos de corriente eléctrica, la palabra corriente no se usa más que en sentido figurado. La sustancia de la electricidad no ha sido suficientemente definida por la ciencia.

Para que haya robo es necesario que haya sido robado un objeto material, tal como un acumulador, un hilo, etc. Pero el tribunal, en el estado actual de la ciencia, no puede considerar la electricidad más que como una *energía*, y no considera el hecho de hurtarla más criminal que si se tratase de un olor, del aire ó de un sonido.

En su consecuencia, son absueltos los dos procesados y declarada nula la sentencia del tribunal inferior, que les condenaba á sufrir determinado tiempo de cárcel.

AZULEJOS

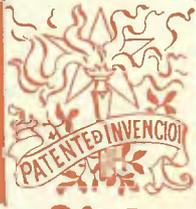
CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Extranjero

Nuevo elemento para la decoración de arimaderos, frisos, artesanos, muebles & c.

1899
Pídase
el
Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles
59 Bailén. Barcelona

El Escó 93